

UNA VISITA A LOS CAMPOS DE TIRO DESCRITOS POR EL SOLDADO DESERTOR

Miguel Cabildo y Raúl Monge

Los campos de tiro ahí están. El paso de los militares es constante. El ruido de los proyectiles es parte de la vida misma de los lugareños. Zacarías Osorio Cruz, el soldado desertor, no faltó a la verdad.

Su declaración ante los tribunales del Canadá (Proceso 598) para la revisión de su solicitud de refugio político —el que finalmente obtuvo—, se ajusta en términos generales a la realidad. La ubicación de los sitios donde, "por instrucciones del alto mando", dio muerte a civiles, coinciden.

San Miguel de los Jagüeyes y San Juan Teotihuacán, pequeños poblados del Estado de México, albergan, en efecto en sus zonas periféricas, no sólo campos de tiro sino de prácticas mayores.

Se realizan ahí, desde hace tiempo, prácticas bélicas en forma permanente. Tiro, paracaidismo, ataque aéreo y terrestre, son los ensayos más comunes. Algunos de estos ejercicios se realizan durante el día y durante la noche, según cuentan los pobladores de esos lugares. Dicen, además, que el Ejército se adueñó de los terrenos no obstante que éstos son ejidales y comunales.

Proceso visitó esos dos sitios que menciona Osorio Cruz en sus testimonios. Comprobó que las distancias a uno y otro lugar, tomando como punto de salida el Campo Militar Número Uno, son relativamente cortas. A San Miguel de los Jagüeyes se llega por la autopista a Querétaro. A San Juan Teotihuacán se puede llegar por dos vías: la carretera México-Pachuca o bien por la carretera a Querétaro y posteriormente tomar la vía López Portillo.

San Miguel de los Jagüeyes tiene escasos 1,800 habitantes. Se localiza a la altura del kilómetro 56 de la autopista a Querétaro, justo en la desviación de la carretera a Tula. El paso de los militares por el pueblo es inevitable.

El acceso es relativamente fácil. No hay señales que restrinjan el paso al área militar, a la cual se llega por dos caminos: uno, el más largo y accidentado, permite una visión completa del lugar. Las trincheras se multiplican. Los blancos para ataques aéreos y

terrestres están claramente definidos. En un llano, se encuentra abandonada la escenografía que se montó el pasado 8 de febrero para un acto oficial. El Ejército y la Procuraduría General de la República realizaron ahí una espectacular quema de estupefacientes como parte de la campaña permanente contra el narcotráfico.

El campo de prácticas de San Miguel ocupa unas 10,000 hectáreas de tierras ejidales. Al norte colinda con el pueblo de San Buenaventura; al sur, con el Ejido de Coyotepec; al oriente, con el Ejido de Tepozotlán y al poniente con San Miguel de los Jagüeyes. Está enclavado en una zona que se conoce como "las metateras", porque de ahí se extrae la piedra que se utiliza para la fabricación de metates.

Cuatro colinas (Montecillo, la Mesa, La Perrera y el Puerto) protegen a simple vista el campo. El tránsito de civiles es prácticamente nulo.

Justo en la cima más alta de una de las colinas, se encuentra una pequeña base militar, donde ondea la bandera nacional. Cuenta con dormitorios, comedor y baños, todos contruidos con madera y techo de teja roja. La homogeneidad de la instalaciones se rompe con una construcción de piedra de color gris. Los lugareños dicen que se trata de un horno crematorio.

La presencia de los reporteros movilizó al personal destacado en ese lugar. Los soldados se atrincheraron. Sin dejar de apuntar, seguían de cerca el vehículo de los periodistas.

El ascenso, a vuelta de rueda, se prolongó durante 35 minutos. Ya en la cima, cara a cara, un oficial de la Segunda Brigada de Infantería hizo ver a los reporteros que pisaban zona restringida. Los soldados, atrincherados, mientras tanto, no dejaban de apuntar.

Tras de un breve diálogo con el militar, los reporteros abandonaron el lugar por otro camino, expresamente trazado para el tránsito de vehículos oficiales. Esta vía se encuentra en mejores condiciones que la otra, aparentemente abandonada.

La presencia de los soldados en San Miguel de los Jagüeyes data de hace 25 años. Antonio Cerón, vecino del lugar, cuenta que desde entonces el ruido de las balas y proyectiles de mayor calibre los acompañan día y noche.

Aunque aclara que la convivencia con los militares poco los afecta —algunos hasta se benefician con la venta de comida—, expresa su preocupación por el descuido de algunos proyectiles. Refiere que luego de las prácticas quedan abandonadas en campo abierto bombas y proyectiles que no estallaron, con el consecuente riesgo para los vecinos más cercanos.

El ejidatario, que se dedica a la fabricación de metates y artesanía con piedra de ese lugar, precisa también que las prácticas de tiro se realizan diariamente. Añade que el tránsito de vehículos, como tanques, yips y camiones es frecuente.

La única queja de los pobladores de San Miguel de los Jagüeyes contra sus vecinos uniformados, es que con cierta regularidad se llevan en camiones de volteo el producto natural de la zona: la piedra del metate.

Los testimonios recogidos por Proceso en éste sitio confirman la descripción física hecha por el soldado desertor. Sólo ellos, los militares, saben qué se hace y no en ese lugar. La gente que vive cerca del campo de prácticas sólo alude a muertes accidentales como consecuencia directa de las maniobras ahí realizadas.

Hablan, específicamente, de la muerte de dos niños, del pueblo de San Buenaventura, quienes encontraron un proyectil abandonado y les explotó cuando jugaban con él.

En San Juan Teotihuacán, según vecinos de la colonia Nueva Teotihuacán, asentamiento aledaño al área militar, durante la administración pasada aparecieron en diferentes fechas cuatro cadáveres en el campo de tiro. En ese entonces la versión oficial apuntó hacia el suicidio. Los cuerpos aparecieron colgados de un árbol, pero también presentaban impactos de bala. Todos eran ajenos a la comunidad.

El acceso al campo es más fácil. Está prácticamente dentro de una zona escolar y de viviendas. A escasos 600 metros se ubica la Escuela Normal Número 8 del Estado, la escuela preparatoria anexa a la Normal y la escuela primaria anexa a la Normal. Del otro lado, un pequeño estadio de fútbol.

El campo de tiro, cuyas dimensiones son mucho menores que el de San Miguel, se encuentra enclavado en una zona plana circundada por los cerros conocidos como El Maninal, El Colorado y El de las Tres Cruces.

La zona militar, que tiene ahí cerca de diez años, ocupa tierras comunales. Los comuneros de San Juan Evangelista están en pleito legal con el Ejército. Reclaman la restitución de su propiedad.

A este sitio llegan regimientos de otras entidades del país a efectuar sus prácticas de tiro. Los ensayos se hacen lo mismo en el día que en la noche, según cuenta Norberto Aboytes Hernández, vecino de la colonia Nueva Teotihuacán, colindante con el centro de maniobras militares.

Proceso fue testigo del intenso movimiento militar en ese sitio, vedado para civiles. Aquí sí soldados armados impiden el paso a la zona. Un pequeño retén delimita el área militar del área urbana. Sin embargo, tampoco existe señal alguna de que ese punto está a cargo de las fuerzas armadas.

Los ejercicios bélicos en San Juan Teotihuacán han ocasionado también desgracias personales y materiales a las poblaciones colindantes. La ranchería de Tlachinalpa ha sido una de las más afectadas. Es frecuente que los proyectiles disparados por los soldados caigan en sus casas y provoquen incendios.

A eso hay que sumar el abandono de granadas de mano y otros artefactos explosivos en los terrenos de las poblaciones vecinas.

Aoytes Hernández resume así el sentir de sus vecinos: "no hay tranquilidad aquí. Los militares se sienten dueños de todo".

En esta población tiene su base de operaciones el quinto Regimiento de Artillería.